

mexicomásimo

abrazo a una pasión

¿90 años sin Zapata?

El arte de jugar

Más de

100 años de cine nacional

México en NOCTURNO

Nuestro Nobel de la Paz Alfonso García Robles

San Ángel Patrimonio cultural



“Nuestro Nobel de la Paz”¹

Miguel Marín Bosch

Son pocos los capítulos de la historia diplomática mexicana que puedan compararse al que le tocó escribir a Alfonso García Robles (Zamora, Michoacán, 1911—México, D. F., 1991). Fue un caso fortuito que redundó en beneficio del país y de toda la región latinoamericana y caribeña. Se trata del establecimiento de la primera zona libre de armas nucleares en una región densamente poblada.

El Tratado de Tlatelolco, que hoy está plenamente vigente, es una aportación mexicana que ha servido de ejemplo a otras regiones del mundo. Su arquitecto fue García Robles. Fue el producto de su esfuerzo tesonero y de su terquedad. Sencillamente no quitó el dedo del renglón desde que se iniciaron las negociaciones del tratado en 1964 hasta que se abrió a la firma el 14 de febrero de 1967.

Hubo momentos en que el secretario Antonio Carrillo Flores y el propio presidente Gustavo Díaz Ordaz dudaron de la conveniencia de insistir en la negociación del tratado. Argentina y Brasil no estaban de acuerdo y la idea tampoco entusiasmó a ciertas potencias nucleares. Pero García Robles supo convencer a las autoridades de su país y se las ingenió para resolver las dudas que otros gobiernos fueron planteando.

El Tratado de Tlatelolco le valió el Premio Nóbel de la Paz en 1982, mismo que compartió con su amiga Alva Myrdal de Suecia, otra luchadora infatigable a favor de la causa del desarme nuclear.

Quizás García Robles nunca se imaginó que sería el objeto de un reconocimiento parecido. Pero yo creo que sí acarició esa esperanza.

Su carácter fue más propicio para la diplomacia que la política. Para empezar, no tenía nada de espontáneo. No daba paso sin huarache. Es más, todo parecía premeditado. Dos ejemplos. En Ginebra, a fines de los años setenta, no le habían asignado un chofer. Cuando recibía una invitación a un almuerzo, cena o recepción, estudiaba el mapa para identificar el camino a la dirección indicada. Entonces me pedía que lo acompañara y hacíamos un viaje de exploración con él conduciendo el automóvil. Se aprendía el camino y el día de la cita llegaba sin problema. El segundo ejemplo fue una reunión de la conferencia de desarme en la que el delegado soviético hizo un discurso muy crítico del Tratado de Tlatelolco. Inmediatamente García Robles pidió la

¹ Publicado en la revista *Mexicanísimo* (abril 2009), págs. 24-26.

palabra para rebatir los argumentos del soviético. Lo que no se supo ese día es que García Robles ya sabía lo que iba a decir el delegado de la Unión Soviética. La víspera, en una plática con otro delegado soviético, éste me adelantó lo que su delegación diría al día siguiente. Cuando se lo platicué a García Robles nos fuimos a la oficina y preparamos “la respuesta” que todos pensaron había sido espontánea. Llegué a decir de él que era la espontaneidad programada.

Calculaba bien sus tiempos aunque no siempre tuvo suerte. Quizás fue víctima de su propia inocencia. En el otoño de 1970 y también seis años más tarde pensó que sería nombrado secretario de relaciones exteriores. Quienes trabajamos con él no estuvimos muy seguros. Durante la campaña presidencial de Luis Echeverría fue convocado a varios actos y reuniones con el candidato. En una de esas ocasiones regresó a su oficina de subsecretario y nos contó: “Fíjense que el licenciado se dirigió a mí como ‘maestro’. Yo le pregunté ¿maestro de qué?” A García Robles se le había olvidado que en los años cuarenta le había dado clases a Echeverría en la facultad de leyes. Echeverría nombró a Emilio O. Rabasa y García Robles se fue a Nueva York como representante ante las Naciones Unidas. Ahí estuvo como pez en el agua y se desempeñó de manera extraordinaria.

En diciembre de 1975 sustituyó a Rabasa como canciller pero no supo (o quizás no quiso) acercarse al candidato José López Portillo quien acabó por designar a Santiago Roel García como canciller. García Robles se fue a Ginebra como representante ante la conferencia de desarme. Por cierto, ese cargo se había suprimido pero como canciller en 1976 García Robles lo volvió a incluir en el presupuesto federal. Lo hizo por si no continuaba como secretario de relaciones exteriores. Fue metódico y previsor.

En Ginebra se dedicó de lleno a los asuntos de desarme hasta que se jubiló en 1990.